

La unción, el poder que no se fabrica

Autor: Pr. Felipe Bunster

Introducción

Muchas veces hablamos de la unción, cantamos acerca de ella y constantemente le pedimos a Dios que derrame más de su unción sobre nuestras vidas. Sin embargo, mientras preparaba este mensaje, el Espíritu Santo puso una pregunta en mi corazón que también quiero hacerme hoy:

¿Realmente entiendo lo que estoy pidiendo cuando le digo a Dios: "Señor, unge mi vida"?

Porque es fácil anhelar la unción cuando pienso en sus resultados. Todos queremos ver milagros, autoridad espiritual, vidas transformadas y el poder de Dios manifestándose. Pero pocas veces pensamos que la unción también implica un proceso. Pedir unción es decirle al Señor: "Trata conmigo, forma mi carácter, quebranta mi orgullo y prepárame para cargar el propósito que tienes para mi vida".

Vivimos en una generación donde casi todo puede fabricarse. Se puede construir una imagen, una plataforma, una influencia o una reputación. Pero hay algo que jamás podrá producir el esfuerzo humano: la unción del Espíritu Santo. La unción no se aprende en un curso, no se copia de otra persona ni se obtiene por experiencia; se recibe en la comunión diaria con Dios.

Por eso he entendido que la unción no es simplemente una emoción durante un culto. No es solamente llorar, temblar o sentir la presencia de Dios. Todas esas pueden ser consecuencias de la unción, pero la verdadera unción es mucho más profunda. Es la capacidad sobrenatural que el Espíritu Santo deposita sobre mi vida para hacer aquello que por mis propias fuerzas nunca podría lograr.

La unción transforma mi carácter, fortalece mi fe y me capacita para cumplir el propósito de Dios. No fue dada para hacerme parecer más espiritual, sino para romper aquello que me mantiene atado y convertirme en un instrumento útil para el Reino.

Versículo central

"Y acontecerá en aquel tiempo que su carga será quitada de tu hombro, y su yugo de tu cerviz, y el yugo se pudrirá a causa de la unción."

Isaías 10:27 (RVR1960)

Cuando leo este versículo descubro que la unción no aparece como un adorno espiritual, sino como un poder que produce transformación. Isaías no dice que la unción viene para

emocionarme o hacerme sentir bien; dice que viene para **romper el yugo**. Eso significa que la unción hace lo que mis fuerzas nunca pudieron hacer.

Hay cargas que el esfuerzo humano no puede quitar, heridas que el tiempo no sana y cadenas que ninguna capacidad personal puede romper. Pero cuando la unción del Espíritu Santo reposa sobre una vida, comienza una transformación real. Dios rompe aquello que me mantenía esclavizado, restaura mi interior y me fortalece para caminar en el propósito que preparó para mí.

Esto también me confronta porque muchas veces quiero las consecuencias de la unción, pero no siempre busco la fuente de la unción. Quiero autoridad sin intimidación, fruto sin permanencia y respaldo sin comunión. Sin embargo, la Biblia me enseña que la unción siempre nace de una vida que permanece cerca de Dios.

Por eso comprendo que la verdadera necesidad de mi vida no es buscar únicamente los resultados de la unción, sino cultivar una relación diaria con el Espíritu Santo. Cuando permanezco en la fuente, las consecuencias llegan como resultado de esa comunión.

Pregunta de enfoque principal

¿Qué necesito entender para vivir una unción real que rompa yugos y cumpla mi propósito?

1. La unción nace en el quebrantamiento

Versículo

"Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cáalamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción, un ungüento superior, según el arte del perfumador; será el aceite de la santa unción."

Éxodo 30:22-25 (RVR1960)

Cuando leo este pasaje descubro que Dios no dejó la unción al azar. Él mismo estableció los ingredientes, las medidas y el proceso para preparar el aceite santo. Esto me enseña que la unción nunca es producto de la improvisación; siempre nace de un proceso de preparación.

Vivimos en una generación que quiere resultados inmediatos. Queremos el poder de Dios, pero no siempre queremos la formación que ese poder requiere. Anhelamos autoridad, pero evitamos el quebrantamiento; deseamos influencia, pero muchas veces rechazamos la

obediencia y la disciplina. Sin embargo, Dios sigue formando primero el carácter antes de confiar una mayor responsabilidad.

Entre todos los ingredientes del aceite hay uno que llama profundamente mi atención: **la mirra**. En la Biblia, la mirra representa el quebrantamiento. Es una resina que brota únicamente cuando el árbol ha sido herido. Eso me enseña un principio espiritual: muchas veces lo más valioso que Dios produce en mi vida nace precisamente en los momentos donde Él trata mi corazón.

Muchas veces le he pedido al Señor que quite mis procesos, cuando quizás Él los está utilizando para formar en mí el carácter que podrá sostener la unción. El quebrantamiento no significa que Dios me abandonó; muchas veces significa que me está preparando para algo mayor. Él no unge personas autosuficientes, sino corazones rendidos que aprendieron a depender completamente de Él.

Por eso hoy entiendo que no debo rechazar los procesos de Dios. Cada corrección, cada desierto y cada trato pueden convertirse en el lugar donde el Espíritu Santo está formando en mí una unción más profunda. La unción que rompe yugos no nace en la comodidad, sino en un corazón que ha sido transformado por la mano de Dios.

Frase clave

"La unción que rompe yugos no nace en mi comodidad; nace en el quebrantamiento que Dios usa para formar mi corazón."

2. La unción no tiene reemplazo

Versículo

"Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos."

Zacarías 4:6 (RVR1960)

Explicación

Este versículo me recuerda que hay cosas que jamás podré conseguir únicamente con mis capacidades. Vivimos en una generación que confía mucho en el talento, la preparación, la imagen y las estrategias, pero Dios sigue afirmando que su obra no avanza por la fuerza humana, sino por el poder de su Espíritu.

Yo puedo desarrollar habilidades, aprender a comunicar mejor, administrar correctamente e incluso crecer ministerialmente. Todo eso es bueno, pero ninguna de esas cosas puede reemplazar la unción de Dios. El talento puede abrir puertas, pero solo la unción transforma corazones.

La vida de Saúl es un claro ejemplo. Era un hombre con presencia, liderazgo y capacidades, pero dejó de depender de Dios. En cambio, David no fue escogido por sus habilidades, sino porque tenía un corazón dispuesto para Dios. Eso me enseña que el Señor no busca personas impresionantes, sino personas dependientes de su presencia.

Este punto también me confronta personalmente. Muchas veces puedo confiar más en lo que sé hacer que en mi comunión con el Espíritu Santo. Sin darme cuenta, comienzo a depender de mi experiencia, de mis recursos o de mis dones, cuando la verdadera autoridad espiritual siempre nace de una vida de intimidad con Dios.

Por eso entiendo que la unción nunca será reemplazada por el talento, el carisma, los seguidores o la trayectoria. Todo eso puede llamar la atención por un momento, pero solamente el Espíritu Santo produce fruto eterno y una transformación verdadera.

Frase clave

"El talento puede impresionar a las personas, pero solamente la unción transforma los corazones."

3. La unción no es para lucirme, es para liberar a otros

Versículo

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos."

Lucas 4:18 (RVR1960)

Explicación

Cuando leo este pasaje, entiendo que Jesús mismo define el propósito de la unción. Él nunca presentó la unción como un medio para obtener reconocimiento o prestigio personal. Todo lo contrario: la unción fue dada para servir, sanar, restaurar y llevar libertad a quienes más lo necesitaban.

Eso me confronta porque muchas veces puedo desear la unción pensando en lo que Dios hará conmigo, cuando en realidad Él quiere usarme para bendecir a otros. La unción no me convierte en el centro de la historia; me convierte en un instrumento para que Cristo sea conocido.

Cuando la unción reposa sobre mi vida, dejo de preguntarme qué lugar voy a ocupar y comienzo a preguntarme a quién puedo servir. Ya no busco ser reconocido, sino ser útil para el Reino de Dios. Empiezo a mirar las necesidades de quienes me rodean y entiendo

que Dios quiere usar mis manos para levantar al caído, mis palabras para animar al desalentado y mi vida para acercar a otros a Jesús.

Jesús es el mayor ejemplo de esto. Toda su vida estuvo marcada por la unción del Espíritu Santo, pero nunca utilizó ese poder para su propio beneficio. Cada milagro, cada enseñanza y cada acto de amor tuvieron un solo propósito: revelar el corazón del Padre y traer salvación a las personas.

Por eso comprendo que la verdadera unción siempre produce servicio. Si la unción solo me hace pensar en mí mismo, todavía no he entendido su propósito. Pero cuando la unción me mueve a amar, servir y bendecir a los demás, entonces estoy reflejando el carácter de Cristo.

Frase clave

"La unción no me fue dada para destacar; me fue dada para servir y llevar a otros a Cristo."

4. La unción cambia mi postura

Versículo

"Y he aquí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios."

Lucas 13:11-13 (RVR1960)

Explicación

Cuando observo este milagro, entiendo que la unción no solo rompe cadenas externas; también restaura aquello que por años ha estado doblado en mi interior. Esta mujer llevaba dieciocho años encorvada, incapaz de levantarse por sus propias fuerzas. Bastó un encuentro con Jesús para que recuperara su dignidad y volviera a mirar hacia arriba.

Muchas veces no estoy doblado físicamente, pero sí espiritualmente. Puedo estar encorvado por una herida, por la culpa, por el rechazo, por el miedo, por una decepción o por el peso de situaciones que han marcado mi vida. Son cargas que me impiden avanzar y disfrutar plenamente del propósito de Dios.

Sin embargo, cuando la unción del Espíritu Santo reposa sobre mi vida, algo comienza a cambiar. Dios no solamente me consuela en medio del dolor; también me levanta. Él restaura mi identidad, fortalece mi corazón y me devuelve la esperanza que había perdido. La unción me permite volver a caminar con la cabeza en alto, sabiendo quién soy y para qué fui llamado.

Por eso comprendo que la unción no busca únicamente hacerme sentir mejor durante un momento de ministración. Su propósito es producir una transformación permanente que cambie mi manera de vivir. Así como Jesús levantó a aquella mujer, hoy también quiere levantar todo aquello que el enemigo ha intentado mantener caído dentro de mí.

Frase clave

"La unción no solo me toca; me levanta, restaura mi dignidad y me reposiciona en el propósito de Dios."

5. La unción requiere pureza, orden y preparación

Versículo

"Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra."

2 Timoteo 2:21 (RVR1960)

Explicación

Cuando leo este versículo, entiendo que el apóstol Pablo no está describiendo directamente la unción, sino el tipo de persona sobre la cual Dios decide derramarla. Dios no solamente busca personas que deseen la unción; busca vidas preparadas para sostenerla.

Muchas veces todos queremos que Dios nos use, pero olvidamos que antes de usar un instrumento, primero debe limpiarlo. La unción no descansa sobre una vida descuidada, sino sobre un corazón que diariamente decide vivir en santidad, obediencia y comunión con Dios.

Esto me hace comprender que no basta con recibir una experiencia con el Espíritu Santo; también debo cuidar mi vida para permanecer en esa comunión. La pureza no consiste únicamente en apartarme del pecado, sino en vivir cada día agradando al Señor con mis pensamientos, mis decisiones y mi manera de caminar.

La Biblia presenta el ejemplo de Sansón. Dios le dio una unción extraordinaria, pero poco a poco dejó de cuidar su consagración. Comenzó a jugar con los límites y llegó el momento en que perdió aquello que sostenía su fuerza: la presencia de Dios. Ese relato me recuerda que el talento puede abrir oportunidades, pero solamente una vida consagrada puede sostener el respaldo del Señor.

Por eso hoy entiendo que la unción no se mantiene por mis dones, sino por mi relación con Dios. Cada día debo volver a la fuente, vivir en arrepentimiento, cuidar mi comunión con el Espíritu Santo y permitir que Él siga formando mi vida. Solo así podré ser un instrumento útil para cumplir el propósito que Dios preparó para mí.

Frase clave

"La unción se recibe por gracia, pero se sostiene en una vida de santidad, comunión y consagración."

Reflexión final

Hoy comprendo que la unción no es algo que pueda fabricar con mi esfuerzo, ni algo que pueda reemplazar con mi talento. La unción nace cuando permito que Dios quebrante mi corazón, cuando dependo completamente de su Espíritu, cuando vivo para servir a los demás y cuando decido caminar cada día en santidad.

Ya no quiero buscar únicamente las consecuencias de la unción; quiero permanecer cerca de la fuente de donde ella fluye. Entiendo que mientras más profunda sea mi comunión con Dios, mayor será la transformación que Él producirá en mi vida.

Mi oración es que el Espíritu Santo siga formando mi carácter, quitando todo aquello que estorba su propósito y derramando sobre mí una unción que no solo cambie mi vida, sino que también sea de bendición para quienes me rodean. Porque la verdadera unción no exalta al hombre; siempre glorifica a Cristo y establece su Reino.

Frase final

"La unción no es el premio de los más capaces; es el fruto de una vida rendida, consagrada y completamente dependiente del Espíritu Santo."